

leyenda de los siglos, cuya publicación fué el principal acontecimiento del año 1859; las *Canciones de las calles y de los bosques*, colección de caprichos singulares, que no reconocen límites en las ideas ni en las imágenes; la gran novela social *Los Miserables*; el idilio-epopeya *Los trabajadores del mar*; *El hombre que ríe* y otras obras admirables que no pertenecen al cuadro de la presente historia.

Con estos poetas, la literatura romántica, reanimando las ideas, arte y culto de la Edad media, venció á la escuela clásica, cuyas filas se aclaraban de día en día. Pero en Víctor Hugo llegó el romanticismo á una altura desde la que había de bajar. Así, Alfredo de Vigny, el primer romántico después de aquéllos, y excelente traductor de los dramas de Shakespeare, vuelve á lo natural y á las leyes del arte en sus poemas épico-líricos (*Dolorida, Eloa, Moisés*) y en sus novelas (*Cinq-Mars, Servidumbre y grandeza militar, Stella ó los Diablos azules*). Entre otros discípulos ó imitadores de Víctor Hugo sobresalen Emilio de Saisset, el crítico y poeta Sainte Beuve y Alfredo de Musset; Juan Reboul, de Nimes, se inclina á la lírica sentimental de Lamartine. Ya á uno, ya á otro siguieron también varias literatas, como Elisa Mercœur, que cantó sus dolores interiores en versos elegíacos; Marcelina Desbordes-Walmore, Aimable Tastu, de Metz, y otras. Abrióse camino propio Edgardo Quinet, que en su poema dramático *Ahasvero* quiso naturalizar en Francia el romanticismo puro alemán, aunque sin lograr su fin; en su *Prometeo* mezcló el helenismo y el cristianismo, y en su *Napoleón* coronó de una aureola romántica al héroe del siglo. Otros escritores novelistas, como el vizconde de Arlincourt y Federico Soulié, continuaron la tendencia antinatural de los románticos, mientras el conde Xavier de Maistre, uno de los más elegantes novelistas franceses, volvía á la sencillez de Bernardino de Saint Pierre. Sus *Viajes alrededor de mi cuarto* revelan un sentido sereno y contento de la vida; *El leproso en Aosta* pinta con vivos colores los tormentos de un desgraciado, condenado á la soledad por la más cruel de las enfermedades, y *La doncella de Siberia* es un sencillo é interesante ejemplo de devoción infantil.

La escuela exagerada romántica debió hallar y halló contradicción y adversarios. La tendencia clásica, aunque anticuada y al parecer vencida, luchó tenazmente contra el romanticismo, aunque con fuerzas muy inferiores. Pero sus limados alexandrinos, su lenguaje esmerado, su formalismo retórico, están muy enlazados con la historia de Francia y con el carácter nacional para ser enteramente olvidados. Verdad es que los talentos medianos que profesaron entonces el clasicismo, como los dramaturgos Arnault y Legouvé, no eran bastantes á desterrar la poesía romántica, compañera del siglo y cultivada por poetas de primer orden; y ni Madama de Genlis, la confidente de la familia de Orleans, autora de muchas novelas y obras de educación en el antiguo estilo, podía competir con una Stael. Pero cuando Lemerrier empleó con libertad las formas y leyes clásicas en sus numerosas tragedias históricas (*Agamemnon, Clovis*) y en sus comedias (*Madama Censura*); cuando Casimiro Delavigne, talento claro y popular (*Las Messenianas, La vuelta del Emperador*), acertó á combinar las ideas románticas con la forma clásica en sus

dramas históricos (*Las Vísperas Sicilianas, Los Hijos de Eduardo, D. Juan de Austria*) y en sus comedias (*La escuela de los viejos*), tendencia seguida también por el dramático Soumet; cuando la hábil actriz Rachel reanimó en la escena las tragedias de Corneille y Racine, recobró poco á poco crédito y fortuna el clasicismo. Mientras los primeros representantes del romanticismo, tales como Alejandro Dumas, poeta, viajero y novelista, continuaban en sus dramas históricos (*Enrique III, Monaldeschi, La torre de Nesle, Calígula*) el camino de la exageración, tuvo el clasicismo un representante hábil en el joven poeta Ponsard, cuya *Lucrecia* abrió un nuevo género, aunque en el *Ulises* aparece exagerada la sencillez homérica. Los dramas históricos de Vitet y los numerosos del fecundo autor cómico Scribe carecen, á pesar de bellezas particulares en el primero y hábil composición y conocimiento de la escena en el segundo, de alto valor poético.

La poesía romántica era sólo un aspecto de la tendencia á destruir en la literatura el artificio antiguo, como en el Estado y la sociedad lo hacía la Asamblea de París. El otro aspecto y medio era la reanimación del gusto helénico y del interés hacia la literatura y cultura griegas. Al principio caminaban ambas tendencias á combatir el clasicismo, ampliando el contenido y multiplicando las formas literarias. Así, pues, como los nuevos románticos retrocedieron á la Francia de la Edad media, así el nuevo helenismo volvió á la Francia primitiva meridional, cuando desde Marsella se propagaba la cultura griega á la Provenza y al Langüedoc; y si aquellos reprodujeron las baladas populares cristianas, se entregó éste á las indagaciones arqueológico-filológicas. Pablo Luis Courier, traductor de Herodoto, fué de los que con más éxito despertaron el helenismo, y en general la tendencia de la revolución hacia la sencillez y naturalidad griega, al republicanismo y patriotismo antiguos, representada también en la pintura por David. Pronto se separaron ambas tendencias: el romanticismo, apoyado por la Restauración, se llevó hacia la reacción religiosa y política, tomando por lema: *trono y altar*, y el helenismo republicano se alistó en la oposición. El mismo Pablo Luis Courier, educado en los campamentos y entre las batallas, se convirtió á la literatura político-satírica. En sus folletos, inspirados en un severo sentido moral, junto con picante ironía, defiende los derechos de la libertad y la ilustración. Inaccesible á los halagos del Imperio y de la Monarquía, fué hasta el fin terrible adversario de ambos.

Más que Courier influyó en la vida política el cantor liberal Beranger. Conocedor del estado y males del pueblo, de quien fué siempre fiel hijo y defensor, halló en sus versos el tono que llega al corazón, porque del corazón sale. Sin orgullo ni afectación, ni grandes necesidades, resistió á la tentación de empleos y honores, como á las persecuciones. Beranger es el más puro representante del carácter francés, contento con la vida, ligero y movable, pero amable, generoso y entusiasta por la libertad y la patria. Este sentimiento era en él tanto más fuerte cuanto más extraño era á la Restauración, y le inspiró aquellos acentos de enojo, de sátira y queja que tan temida hicieron su musa de los Borbo-

nes. Valiente campeón de julio, renunció también el favor de Luis Felipe para seguir su vida libre de poeta.

La lira de Beranger es muy fecunda; la filosofía epicúrea del siglo XVIII (*El Dios de los tontos*), el entusiasmo liberal de la revolución (*La Diosa, El viejo sargento*), el guerrero del tiempo de Napoleón (*Los dos granaderos, La memoria del pueblo*), la sátira contra la Restauración (*El marqués de Caravaca, Los misioneros, Nabucodonosor*), el entusiasmo por la libertad y felicidad de los pueblos (*La santa alianza de los pueblos, ¡Corramos!*), los goces de sociedad, los placeres y do-

en estas y otras sátiras el estado de la patria francesa, lamenta en sus posteriores poemas *El llanto y Lázaro* la desgracia de Italia y de Irlanda.

El liberalismo literario, según se anuncia en las sátiras de Courier y en los cantos populares de Beranger, más negativo que positivo y productivo, no satisfizo á las necesidades intelectuales del pueblo, al que no ofrecía fuerte alimento. De una combinación de ambos elementos artísticos, aunque con espíritu negativo y reformador, nació la novela social de costumbres ó ten-



Casimiro Delavigne

lores del amor (*Mi República, La virtud de Liseta*), la desesperación de la pobreza y la amargura de la esclavitud que pesa sobre los oprimidos (*El viejo vagabundo, La pobre mujer*), todo habla, ríe, censura ó llora en las canciones de Beranger, con una animación y verdad, con una gracia y fuerza inimitables.

Durante la Restauración tuvo el liberalismo dos fecundos defensores en Augusto Bartelety y su compañero de estudios Mery, que censuraron el sistema dominante en una serie de folletos y poemas satíricos. Perseguidos y encarcelados por causa de algunos de sus escritos en elogio de Napoleón, gozaron un breve triunfo en los días de julio; pero al año siguiente anunciaron ya su oposición en el poema *La Revolución engañada*.

Uno de los satíricos más agudos de la época, censor atrevido de todos los hechos y tendencias antipopulares y antiliberales, y escritor apasionado, fué Augusto Barbier. En el poema *La Curée* azota á los bajos intrigantes que explotan la revolución de Julio, en que no trabajaron, y escamotean sus frutos al pueblo; el poema *El Idolo* es una amarga censura contra el emperador Napoleón; en *La Popularidad* descarga su cólera contra la corrupción de las altas clases. Después de pintar

dencias, anudando al tema de la vida doméstica y los estados sociales las más altas cuestiones de la vida. Después de Balzac, cuyas obras muestran un profundo conocimiento del corazón humano y un espíritu observador incomparable, la marquesa Dudevant fué, bajo el seudónimo de Jorge Sand, la verdadera creadora de la novela social. La insigne escritora junta el misticismo sentimental de los primeros románticos á las ideas de libertad y democracia y á la tendencia de emancipación moral y sensualismo moderno en un género nuevo, realizado con profunda observación, exposición clara y lengua animada y bella.

A *La Indiana*, primera obra notable de este género, siguieron otras (*Valentina, Simón, Andrés, León Leoni, Santiago, Lelia*) con espíritu censor de las instituciones sociales como antinaturales é injustas, con tendencias á emancipar la mujer de las leyes del matrimonio, de las costumbres y de la conveniencia, defendiendo el derecho del amor libre. La pintura de los males nacidos de las instituciones sociales influyó en el pueblo, tanto más, cuanto que eran verdaderos los males pintados, aunque achacados á las instituciones, no á la limitación del hombre y de la historia. La doctrina de estas

novelas dañó á las leyes; costumbres y sentimientos reinantes, más que las sutilezas del socialismo contemporáneo. Leyendo las obras de Laménais, se convirtió Jorge Sand á las ideas religiosas y políticas (*Spiridión, Horacio, Consuelo, La condesa de Rudolstadt*). En otras obras, como en *Juana y Muller de Angibault*, explica las doctrinas socialistas al pueblo.

Aurora Dupín, educada en un convento, casada á los diez y ocho años con el marqués de Dudevant, y disgustada de este casamiento, abandonó á su esposo y marchó del Berry pobre y desconocida á la capital del reino, donde con su amigo Julio Sandeau se ocupó en trabajos literarios (1831). Su primera obra *Rosa y Blanca* gustó poco; mejor recibida fué la segunda, *Indiana*, escrita entre las angustias de la pobreza y en que se pintan todas las pasiones, luchas y dolores, todas las miserias y anhelos que atormentan la sociedad moderna. Con medios sencillos hizo este libro poderoso efecto; su verdad interesa vivamente. Por entonces entabló y ganó el pleito del divorcio; recibió sus hijos y una renta considerable, con la cual y el producto de sus obras vivió alternativamente en París, ó en el campo ó viajando. Sus *Cartas de un viajero* revelan su vida interior, como las confesiones de Rousseau; en *Las siete cuerdas* se eleva al misticismo y simbolismo romántico; en *Spiridión* muestra como un espíritu elevado y noble corazón puede, pasando por todos los dolores, por la duda, la incredulidad, la desesperación y la indiferencia, llegar á una firme convicción cristiana.

El género de Jorge Sand tuvo imitadores. El primero de éstos en celebridad es Eugenio Sué, hijo de una familia de médicos de Provenza. Médico militar en España, y viajero luego por América y Grecia, cultivó la literatura romántica, y fundó el género de novelas marítimas en Francia. Pero ni éstas ni las históricas, á que se dedicó después, le dieron igual fama que sus cuadros de costumbres, con tendencia socialista. *Los misterios de París, El judío errante, Martín el expósito*, tuvieron una propagación asombrosa y contribuyeron no poco á la revolución de 1848.

En los últimos años de la segunda monarquía, la vi-

talidad que se manifiesta en la literatura poética no es menor en los restantes géneros, señaladamente en el periodismo. Un gran número de periódicos, con el accesorio de los folletines, dan ocupación activa á los primeros talentos literarios, y anuncian los ensayos de novelas, descripciones de viajes (Marmier), artículos de crítica y estética (Julio Janín y otros). Sobre todos merecen especial mención la *Revista de Ambos Mundos* y el *Repertorio Pintoresco*. En la historiografía unos siguen el camino filosófico abierto por Montesquieu y Voltaire, como Guizot (*Historia de la cultura francesa en la Edad media, Historia de la Revolución francesa*), sacando del material histórico consecuencias filosóficas; otros, como Barante, se convierten más á la exposición objetiva (*Historia de los duques de Borgoña; Historia de la literatura francesa del siglo XVIII*), y los hermanos Thierry: Agustín, primer sansimonista (*Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos; Cartas históricas; Historia primitiva de Francia*), y Amadeo (*Historia de los galos*), que indagando la naturaleza y carácter de los primeros pueblos, formaron una historia genética llena de nuevas ideas. Entre éstos se cuenta el laborioso Caefigue, autor de muchas obras sobre la historia de Francia. La historia puramente narrativa, á manera de crónica, tuvo escritores diligentes en Anquetil, Gallais y el ginebrino Sismondi, autor además de una historia de Francia y de las Repúblicas italianas en la Edad media, de una historia de la literatura del Mediodía. Julio Michelet, autor de una de las historias más leídas en Europa, y ardiente demócrata y antijesuita, combina el pragmatismo filosófico de la antigua escuela con una composición más artística. Los historiadores franceses del período á que nos venimos refiriendo cultivan de preferencia la época de la Revolución y del Imperio. Mediante su historia amplia de esta grande época, Thiers se abre el camino que le conduce á los más altos puestos del Estado, al paso que Mignet deduce en una exposición concisa de esta misma época, con espíritu lógico y sentido fatalista, que cada hecho histórico es consecuencia inevitable de causas precedentes.

FIN DE LA NUEVA MONARQUÍA

HISTORIA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA FRANCESA

POR

M. PEDRO DE LA GORCE

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR D. JUAN BAUTISTA ENSEÑAT

C. de la Academia de la Historia